

## Laca y salitre

El muro del bloque C llevaba goteando un sudor negro y espeso desde las lluvias de febrero, pero nadie le dio importancia hasta que la humedad empezó a tener pómulos. Al principio fue solo una sospecha de salitre, un mapa de moho que avanzaba por el ladrillo con la paciencia de una hiedra de alquitrán. Adela lo observaba cada mañana desde la puerta trasera de la peluquería, con el sabor amargo del primer café quemando la garganta.

Adela tenía sesenta y dos años y las muñecas hechas polvo. No lo decía en voz alta porque en la peluquería las dolencias se contagian: te quejas de una punzada y tienes que escuchar treinta historias de hernias y meniscos peores que la tuya. Aquella mañana, precisamente, no estaba para competiciones de mártires. Marisa llevaba apalancada en el sillón desde antes de que Adela subiera la persiana, impregnando el salón de su fragancia a vainilla y coco; esa que se le quedaba pegada a la bata y que ni el amoníaco de los tintes lograba neutralizar. Todo gracias a esa confianza que da vivir en el mismo bloque y que le permitía ignorar que la peluquería abría a las diez y no a las diez menos cuarto.

Marisa estaba enredada en un monólogo circular sobre el champú hipoalergénico que necesitaba su perrita. Lo normal ante esta conversación unidireccional habría sido asentir a todo, con la sonrisa enquistada que Adela usaba para conservar a la clientela. Pero aquella mañana no iba a suceder. Adela seguía con la mirada clavada en la puerta trasera, hipnotizada por el muro del callejón. Sabía lo ridículo que iba a sonar, pero las palabras le brotaron de la garganta con una autonomía extraña, como si no fueran suyas. Quizá pensó que, al soltarlas, el aire las evaporaría y ella podría seguir poniendo rulos, como había estado haciendo cada mañana desde hacía treinta y cuatro años.

–Niña..., eso es una cara.

–¿Qué dices? Ni que esto fuera Bélmez –soltó Marisa sin levantar la vista de su revista. Le molestaba la falta de atención de Adela; al fin y al cabo, ella consideraba que una

profesional del cabello debería poder darle una respuesta a los dilemas capilares de su pomerania. Pero el silencio de Adela pesaba tanto que Marisa se vio obligada a alzar la mirada hacia el callejón.

Y ahí estaban. Unos pómulos emergiendo de una sombra oscura; una nariz esculpida por el salitre y una melena de moho que caía por el ladrillo con arrogancia. Era la mismísima Cher, brotada de la podredumbre del bloque C, mirándolas con la grandeza propia de una diva que no necesita permiso para aparecer donde le plazca.

Marisa, con el papel de aluminio crujendo sobre su cabeza, no tardó en transformar su estupor en noticia de alcance. Sacó el móvil y, con la voracidad de una paparazzi de rellano, empezó a disparar ráfagas de fotos. No pasaron ni cinco minutos antes de que las imágenes empezaran a reptar por las tuberías digitales del bloque, saltando de grupo en grupo, desde el chat oficial de "Propietarios e inquilinos Bloque C" hasta el grupo de "Rastrillo y Compra-Venta Barrio". La cara de Cher infectaba cada pantalla en un radio de dos kilómetros de distancia con su magnetismo mohoso.

Francisco, el del primero primera, que normalmente vivía en un trance de melodramas turcos y persianas bajadas, dejó el mando a distancia sobre el sofá y bajó las escaleras con las babuchas de cuadros todavía puestas, rumiando un asombro que no le cabía en el pecho. Aurora, la del bajo segunda, interrumpió su café cortado de media mañana para asomarse al portal. Hacía seis años que no pisaba la peluquería de Adela, tras una riña legendaria que aún se recordaba en la escalera por un tinte rubio que acabó en verde; pero la curiosidad pesaba más que el rencor.

Incluso los adolescentes del bloque, Thiago y Enzo, esos espectros digitales que normalmente solo se materializaban en el banco del patio interior del edificio para cazar el Wi-Fi de la peluquería de Adela, detectaron al instante el aroma del contenido viral y vivieron su sueño de ser *influencers* por un día, orquestando encuadres imposibles entre los charcos del callejón, justo antes de que la televisión local irrumpiera en la escena con un

despliegue frenético de trípodes, focos y cámaras que parecían naves espaciales aterrizando en su pequeña esquina del mundo.

Adela observaba el caos desde el umbral de su puerta trasera, con los ojos entre desbordados y secretamente orgullosos. Marisa, cómo no, autoproclamada portavoz oficial del edificio, se movía entre los cables de las cámaras con arrojo.

Al mirarla, Adela dejó de ver a esa vecina fanfarrona y volvió a ver a la muchacha de hacía cuarenta años, cuando le ejecutó aquel corte Farrah Fawcett con una precisión quirúrgica. Bajó el calor de los focos, recordó las melenas desbordadas, salvajes, que les hacían sentir por un instante que el barrio era Beverly Hills y que el asfalto cuarteado terminaba en el mismísimo Sunset Boulevard.

Inevitablemente los ojos de Adela se desviaron hacia la esquina donde asomaba la metomentodo de Aurora. Estaba allí, agazapada, sin atreverse a dar la cara después de haber difundido aquel bulo sibilino de que Adela usaba tintes caducados. Una calumnia injusta, pues solo ocurrió una vez y fue un despiste sin importancia. A pesar de todo, se sonrieron. Al fin y al cabo, fue Aurora la que inició la fiebre de las melenas con volumen inspirado en Cher en el barrio; fue ella quien, un sábado de 1982, confió en las manos de Adela para darle su corte de pelo insignia durante un montón de años. Ese cruce de miradas bajo la sombra de la aparición no podía ser otra cosa que una señal de armisticio.

Adela se preguntaba ahora si la propia Cher, que la miraba desafiante desde la pared desconchada, se habría resignado alguna vez a esos "cortes de señora" que ella facturaba en serie, o si seguiría luciendo su legendaria melena negra como un estandarte de guerra contra el tiempo. Adela se tocó el pelo, corto y práctico, y sintió la punzada amarga por haber perdido la ilusión por su propio reflejo mucho antes de empezar a perder la fuerza en las muñecas.

La televisión seguía con su emisión en directo, decidida a exprimir hasta el último minuto del curioso milagro. Para animar el show, invitaron a dos *drag queens* transformadas en versiones galácticas de Cher a dar su opinión como artistas expertas sobre la aparición. El estallido de sus lentejuelas iluminó los pequeños ojos de Adela, embelesada por aquel

despliegue de brillo en mitad de su aburrido callejón. Poseída por una memoria muscular eléctrica, Adela dio un paso al frente e interrumpió el directo para llevar a las *drag queens* hacia el interior de su salón, con una energía que no sabía que conservaba.

—¡Al sillón! —soltó la veterana peluquera como un rugido, mientras acomodaba a sus *Chers* en el cuero cuarteado con una autoridad que enmudeció a los reporteros. Adela agarró el bote de laca, desenfundó el peine de púa y, con la maestría técnica de quien ha domado mil cardados, se lanzó sobre las pelucas acrílicas. Domó mechones, levantó volúmenes imposibles y esculpió el sintético con un frenesí que no sentía desde hacía décadas. El callejón, por su parte, era un sueño febril: Francisco usaba su andador como pódium de discoteca, Aurora repartía licor de café en vasos de plástico. Todo eran palmas y bailes improvisados al ritmo de *Believe* hasta que llegó el administrador de la finca.

El administrador de la finca no entendía de apariciones ni de nostalgias capilares. Con gesto solemne y rodillo en mano, cubrió la fachada de una pintura naranja chillón, dos tonos más oscura que la original. En cuestión de horas no quedó rastro de Cher, ni del moho, ni de aquella mañana extraordinaria. Solo una pared lisa, estridente y muda. Adela se quedó apoyada en el marco de la puerta, justo como había empezado el día, esperando en silencio que ningún otro milagro absurdo se atreviera a interrumpir su tan ansiada jubilación.